

## LOS USOS DE LA HISTORIA

***E**l presente trabajo (futurologías aparte) tratará someramente sobre las actividades que los historiadores deberán emprender en las dos décadas siguientes. Para empezar, una aseveración general: la historia deberá estar presente en la vida cotidiana. Será punto de referencia para comprender la realidad vivida y las posibilidades futuras de los individuos y de la sociedad. Para ello, deberá ajustarse a los ritmos exigidos por la modernidad, sin perder sus cualidades inherentes, es decir, sin caer en la banalidad.*

**E**l título de este trabajo es engañoso; puede referirse a la tremenda ingenuidad de quien cree que puede exponer, en una sola y corta intervención, los usos de la historia, o que trillará sobre rutas muy conocidas para llegar a un lugar común. Cuando Antonio Saborit me pidió que me encargara de este tema, no pude sino sorprenderme. Sentí que bien podía aplicarme la primera confesión de José Gaos cuando tuvo que redactar unos cursos hace 36 años. El decía ser un maestro de filosofía, ya que, argumentó, no podía ser filósofo por no tener, precisamente, filosofía. Por mi lado, yo me dije: soy un historiador al que le cuesta trabajo explicar para qué sirve lo que hace, esto es, historia. Al igual que Gaos, no quería decir que no tuviera algunas ideas al respecto; sucede que nunca las he desarrollado de una manera sistemática. El problema es que, por más que lo estire, hasta ahí llega mi parecido con Gaos. Mientras que él, luego de su advertencia, pudo hacer un libro espléndido —titulado *Confesiones Profesionales*—, yo apenas pude escribir unas cuantas notas dispersas.



Ponencia presentada en la mesa redonda *Los Usos de la Historia*, en el marco de la 1a. Feria Nacional del Libro de Antropología e Historia, el 18 de octubre de 1989 en el Museo Nacional de Antropología.





De entrada reconocí que de los usos de la historia se ha dicho y escrito bastante, desde diferentes enfoques e inclinaciones ideológicas y científicas. Se ha hablado de los usos de la historia oficial, campo amplísimo, que va de la memoria feudal y las historias genealógicas, hasta los hechos de reyes, obispos y cabezas dirigentes; pasa por los puestos de vigilancia de la Iglesia en diferentes épocas —en nuestro país, toca de cerca a Izcóatl, el primer terrible censor de códices—, rodea a los promotores de las historias de las grandezas nacionales y llega hasta las ramplonadas de triviales temas de moda y los héroes de temporada. Esta historia es utilitaria: juzga, ubica en buenos y malos; justifica el presente a la luz de pasados repensados “al gusto”, descubre destinos grandilocuentes para quitar peso a las violencias y explotaciones. Como contrapunto, también se ha escrito mucho sobre el uso de la historia por los grupos subalternos, ya sean pueblos, etnias, grupos o individuos. Esta historia, aleatoria y producto del impacto de la realidad en la memoria, igualmente justifica y es útil a la concepción común de

una cotidianeidad golpeada, proporciona identidades pero es menos poderosa que la de las “versiones oficiales”, porque su influencia difícilmente sale del ámbito grupal.

Ambas utilizaciones de la historia han mostrado su validez social; finalmente, como dijera Georges Duby, para ambas el acontecimiento histórico es una invención de quien lo hace famoso, de quien lo extiende y le da sentido. De manera elemental, es el mecanismo primero con que actúan los historiadores profesionales. Se entiende cabalmente también la frase de su maestro Lucien Febvre de que el “hombre no se acuerda del pasado: siempre lo reconstruye. Arranca del presente y a través de él, siempre, conoce e interpreta el pasado”.

Asimismo, se ha llegado incluso a escribir sobre la inutilidad de la historia para la vida, como lo hiciera Nietzsche en su famosa *Consideración intempestiva*.

Ante la dificultad de abordar el tema con la exigencia de ser breve, decidí aprovechar hablar únicamente del uso de la historia hecha libros o, mejor di-



cho, de la historia que se hará en libros. Al mismo tiempo, y para no entrar en el obligatorio tema de ajustar cuentas y de pagar deudas intelectuales a los que, antes que yo, tantas veces, en miles de páginas, insistieron sobre estos asuntos, voy a hablar de lo que a mí me gustaría que hagamos los historiadores los próximos años en materia de difusión del conocimiento del pasado. Ello, sin embargo, citando algunos nombres ineludibles. La forma de la plática tampoco es novedosa, Italo Calvino la usó en sus muy conocidos *Memos para el próximo milenio*, que son accesibles en eso que se ha querido sea una especie de testamento del escritor cubano-italiano. Así pues, tómense estas reflexiones como lo que son: apuntes.

Sin hacer futurología, hablaré un poco sobre las actividades que los historiadores deberemos emprender durante las dos décadas que siguen. Imagino, como seguramente muchos de ustedes ya lo han hecho, lo que será la difusión del conocimiento histórico. Aprovecho aquella conocida y buscada paradoja de Louis Namier de que los historiadores

"imaginan el pasado y recuerdan el futuro".

Empecemos con una aseveración general, que luego veremos con más cuidado. Esta es: la historia deberá estar presente en la vida cotidiana. Será punto de referencia para la comprensión de la realidad vivida y de las posibilidades futuras de los individuos y de la sociedad. Para ello, deberá ajustarse a los ritmos exigidos por la llamada modernidad, sin perder las cualidades que tiene hasta hoy, es decir, sin caer en la banalidad. Al revés de lo que Nietzsche propuso hace poco más de 110 años, la historia no será dañina al hombre, sino que le procurará elementos para su bienestar e incluso placer.

1. Se termina ya el milenio del libro. En estos mil años -nos recordó Calvino- "se ha visto cómo el libro adquirió la forma que nos es familiar". Junto con él y gracias a él, las lenguas occidentales y la literatura -incluida la literatura histórica- se extendieron por el mundo. Las maneras de ver e interpretar la realidad, al publicarse, dieron un valor especial al uso de la historia, su





saber se ataba al ejercicio del poder y, durante siglos, dio sentido al *pathos* de la distancia elitista. El erudito lector de historia era dueño del placentero secreto del pasado, lo que lo hacía diferente a cualquier mortal; pero las cosas han cambiado. En este fin de milenio el libro vive una situación difícil. En esta época, que se fascina por los avances tecnológicos y acomoda sus ritmos a la velocidad de las computadoras, se hace a un lado la paciencia de la creación intelectual. Poco a poco se pierde el hábito de escribir y leer.

Aparejada, y como efecto derivado, se advierte una tendencia general hacia el empobrecimiento del lenguaje. La lectura y la escritura han dado paso a otras formas de comunicación. Ciertamente, hoy se lee poco y se ve mucho; los medios de información visual, más rápidos e impactantes, desplazan a los libros, cuando menos a aquéllos que no se avienen a saltar el primer escollo: la velocidad. Así, quienes hacen libros se enfrentan ahora al analfabetismo funcional, como ayer al analfabetismo llano.

Los historiadores, lo sabemos de sobra, se mueven sobre todo entre libros. La mayor parte del conocimiento científico del pasado se difunde por escrito. Ante la situación actual del libro, el historiador parece estar en desventaja. ¿Será que empieza a perder la batalla frente a la tolstoiana difusión de la ignorancia, que usa los mismos medios que los del conocimiento?

Aunque es improbable que el libro desaparezca, lo que sí es seguro es que sin la modernización del libro no aumentará el número de lectores

Así pues, la primera nota está dirigida a la defensa del libro como medio de difusión del conocimiento.

La propuesta suena bien, pero ¿cómo defenderlo? Por supuesto que aquí se requiere de labor cuidadosa en la educación primaria. Pero también de hacer que el libro compita con los otros medios, con la televisión, con el cine, con el *diskette*. Y para eso se tendrá que hacer al libro no sólo accesible, sino sobre todo atractivo y útil. ¿Cómo?, aprovechando el signo de estos tiempos, la visualidad. Ello es labor de quien

escribe; es decir, hacer que lo que se lea pase por la mente como una película; que se vea lo que se cree ver. Si se logra, ganará el lenguaje escrito, ganará la paciencia.

2. La cultura visual se ha simplificado. Antes, quien leía tenía que visualizar mentalmente lo que decían las palabras. Hoy las imágenes están por todas partes. Este, tal vez, sea el segundo obstáculo que enfrenta el libro, cuyas imágenes aparecen con mayor lentitud que en televisión y en cine. Asimismo, el ritmo es diferente, más pausado.

Pero el libro tiene una ventaja, sus imágenes pueden ser tan nítidas como lo desee el autor y lo quiera el lector. Incluso, claro está, mejor que las instantáneas de los medios electrónicos. Y también pueden tener volumen. Aquí sería la imagen "como forma y significado, como capacidad de imponerse a la atención, como riqueza de significados posibles" (Calvino).

Así pues, quien escriba ha de crear imágenes que se hagan visibles y memorables. ¿Cómo hacer visibles acon-

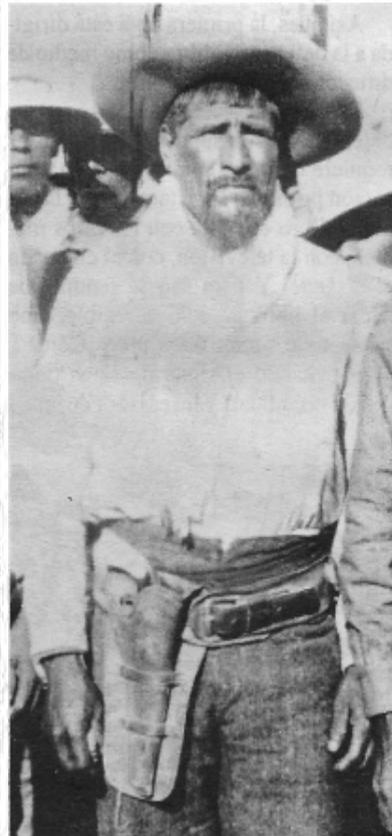


tecimientos, situaciones, personajes? ¿Cómo lograr que dejen huella en la memoria las imágenes, y no se pierdan al parejo de las fechas y los nombres? Quizá el primer paso sea, precisamente, pensar en imágenes: luego, describirlas. Hay que "hacer que broten colores y formas del alineamiento de caracteres alfabéticos negros sobre una página blanca, de pensar en imágenes", recomendaba Calvino.

La experiencia personal del historiador es una buena fuente. Usar lo que se ha leído, pero también lo que se ha oído, visto, olido, sentido; bagaje cultural que en los últimos años habíamos despreciado —junto a las potencialidades del relato—, en pos de una supuesta objetividad aséptica. Regresemos a la costumbre de los historiadores como Febvre, quien hacía acudir a su mente a Wagner y a las polémicas vividas sobre música y pintura para convertir el lenguaje del pasado en vocabulario inteligible a sus contemporáneos.

Porque una de las virtudes más importantes de los libros, incluidos los de historia, es que tienen un autor, que fueron hechos bajo la perspectiva particular de quien los escribió. El autor da su versión de cómo y por qué pasaron las cosas que narra: las selecciona, sopesa, ordena e interpreta, bajo reglas metodológicas definidas, pero con libertad. El cuándo y el quién son aportados por la realidad. De ella abstrae, escoge lo que va a reconstruir. Elige y sintetiza, si sólo copiara, o "retratara", el resultado sería aquel mapa fantástico de Borges, tan grande que abarcaría al planeta, a los tiempos, a todos los hombres y sus acciones. Y esta imagen es casi imposible.

Al hablar de escribir libros que se lean, que no sean aburridos ni poco comprensibles, no me estoy refiriendo a que el resultado sean libros fáciles, simplistas, de esos que hacen historiadores a los que pareciera que no les gusta la historia. Las históricas son, por su naturaleza, obras complejas, aunque no por ello deban ser ilegibles. Pienso ahora en un libro magnífico, que ejemplifica lo que quiero decir cuando hablo de pensar en imágenes y escribirlas, así como de la presencia de un autor que impone su idea de historia, sintetiza



e interpreta; me refiero a *Supervivencia política novohispana*, de Edmundo O'Gorman, libro al que quizá una edición imaginativa pondría al alcance de muchos más lectores que los que ahora y después pueda tener. Pienso también en las colecciones francesas de historia, cuyos textos se acompañan de ilustraciones que en sí mismas cuentan ya una historia, como *Treinta fechas que hicieron a Francia*, obra en que trabajó Duby, hombre libre de sospecha de "oficialista"; *Descubrimientos*, o la más reciente, *Historia de la vida privada*.

3. Estos libros tienen una premisa, sus autores, además de escribir bien, usaron la imaginación. Visualizaron la historia.

No renunciaron al relato, antes bien, lo insertaron como parte fundamental de un todo histórico que tiene distintas temporalidades que se entrecruzan. Cambios y continuidades, ritmos de la cotidianidad y de la actividad pública, mentalidades e ideologías que explican un devenir complejo. Los autores se atrevieron a pensar, dejaron que las ideas fluyeran —las ideas, esas muchachitas, de las que afirmaba Nietzsche, no se dejan poseer por hombres con sangre de rana—. Esa es para mí la principal enseñanza de los historiadores imaginativos. Ejercitémosla. Escribamos y contemos historias, pero contémoslas bien.

4. Imaginemos, decía Febvre cuando nos trasladó a la geografía humana. Imaginemos, pedía Braudel, para "ver" a los distintos mediterráneos, desde el neolítico hasta la actualidad, pasando, privilegiadamente, por la cuna del capitalismo en las ciudades renacentistas. Imaginemos, propuso Duby, si queremos entender cabalmente a los europeos del año mil. Otra vez, se trata de ver lo que se cree ver.

La imaginación, no está por demás decirlo, no es igual a la fantasía. No se trata de inventar, sino de reconstruir con formas, volúmenes, texturas y detalles los hechos y sus contextos.

La imaginación no está reñida con la exactitud ni con la seriedad científica. Es más, puede llevarnos a terrenos novedosos y a la elaboración de hipótesis también nuevas, que puedan hacer útil y agradable el difícil matrimonio de





historia y buena literatura. Estar más cerca de la sinceridad de Carlyle que del encanto de Stevenson, podría resumirse.

Ser exactos en lo que diremos. Por ello me adhiero a la fórmula de Calvino de lo que es exactitud:

un diseño de la obra bien definido y bien calculado. La evocación de imágenes nítidas, incisivas, memorables. El lenguaje más preciso posible como léxico y como expresión de los matices del pensamiento y de la imaginación.

El horizonte de los acontecimientos, en fin, será la línea limítrofe de nuestra imaginación, como lo es de nuestra ingenuidad, y debe tener sus puntos de referencia. Ahí están los textos. Ahí están también las fuentes a las que recurrimos bastante menos, como la pintura, la música o la fotografía, hechos históricos en sí mismas.

5. La "historia se hace con textos", es la vieja y dañina fórmula criticada, hace poco más de medio siglo, por Lucien Febvre. Pero aún se sigue pensando así. Todo mundo habla de las relaciones interdisciplinarias, pero po-

cos salen de la concha gremial. Es difícil ver en libros mexicanos de historia el juego de los textos de archivo con los estudios de los geógrafos, lingüistas, antropólogos, arqueólogos e historiadores del arte.

Habrà, pues, que retomar aquella añeja, pero aún viva crítica, y pensar en que los nuevos libros de historia estarán incompletos si no reflejan algo más que actos sin escenarios, o sin explicaciones de otras ciencias que avalen la interpretación del historiador. Habrà que tener en mente aquel también viejo aserto de Febvre acerca de que "la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido..." ¿Por qué los historiadores no se acercan también a la biología, a la ingeniería, a la psicología o a la física, del mismo modo que se acercan a la economía? ¿Por qué no hablar de los ciclos agrícolas, concepciones religiosas, vida de los animales domésticos, funcionalidad de las construcciones, etcétera, que se ligan a las ya tradicionales explicaciones de la historia política, económica y social?

6. Habrà, pues, que escribir más li-

bros. Más aún, también habrá que intensificar el trabajo en los llamados "géneros menores", como las reseñas, para su publicación en periódicos, y artículos, en revistas. A más de ejercitar literariamente a los historiadores, anuncian a los libros, invitan a leerlos.

No es labor fácil. La reseña, por ejemplo, requiere capacidad de moverse en límites, de lograr, en cuatro o seis cuartillas, sintetizar una investigación, hablar de sus aportes a la historiografía, y sugerir críticas al lector. Esta propuesta, digámoslo entre paréntesis, pero con toda justicia, fue hecha, pocos años antes que yo naciera, por Juan Ortega y Medina, quien continúa dando ejemplos del escribir como quehacer cotidiano del historiador.

7. Escribir, por supuesto, no deberá ser la única función de los historiadores de este fin de siglo para difundir el conocimiento del pasado. Hay que hacer imágenes, pero no sólo en libros, sino también en lo que la técnica nos da hoy; continuar con mayor intensidad el trabajo de historiador en medios como el cine o los videocasetes. Estas imágenes deberán ser creadas con cuidado en su contenido y forma, atendiendo a la línea narrativa de lo que se quiere decir y a los contextos que rodean al relato principal. Hay que hacerlas como si se escribieran. Conectar la expresión verbal con la expresión visual.

Concluyo: en los siguientes años habrá que crear a los lectores de historia, hacer a los consumidores del conocimiento histórico con algo más que "encontrar el tema adecuado" —como criticó Darutou— que lleve a lo que él llamó "vulgarización abierta". Con ese campo sembrado se puede pensar en libros que satisfagan sus preocupaciones y demandas, muchas de ellas nacidas de formas de organización social novedosas. Difundir una historia que se use, que sirva para la vida cotidiana, que se aplique de manera natural y rápida a actividades tan disímiles como las de tomar decisiones, entender las noticias, pensar sobre los sucesos del mundo, defender el patrimonio cultural y la naturaleza, comprender el trasfondo de los discursos políticos o simplemente por el placer de leer, y ver y creer ver con paciencia, un libro de historia.

